

A woman with long brown hair, wearing a blue dress, is lying on her back in a dark, textured environment. She has a somber expression and is looking towards the camera. Her face and hair are covered in dark, earthy material, possibly soil or ash. The background is dark with scattered yellow and brown leaves. The overall mood is melancholic and mysterious.

LA CHICA  
DEL  
VESTIDO  
AZUL

LAIA VILASECA

*¿Qué le sucedió a la chica del vestido azul?*

Martina acaba de llegar a Treviu, un pequeño pueblo de montaña donde ha veraneado toda la vida. Necesita huir de Barcelona y allí, rodeada de recuerdos de su niñez, se siente segura. Una vez instalada, se entera de que alguien ha profanado tres tumbas del cementerio viejo, una de ellas pertenece a una chica de identidad desconocida que falleció hace más de treinta años en el puente del Malpàs y que todo el mundo recuerda como «la chica del vestido azul». Todo indica que se suicidó, pero su muerte siempre ha sido un misterio.

Cuando Martina decide investigar qué le pasó a la chica, desencadena sin saberlo una serie de acontecimientos que la adentrarán en una peligrosa aventura, en la que se tendrá que enfrentar a alguien dispuesto a hacer todo lo posible para evitar que los secretos del pasado salgan a la luz.

Un *thriller* rural absorbente que sumerge al lector en la vida de un pequeño pueblo de montaña, lleno de gente entrañable, pero también de secretos y de peligros.

## Índice de contenido

Cubierta

La chica del vestido azul

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

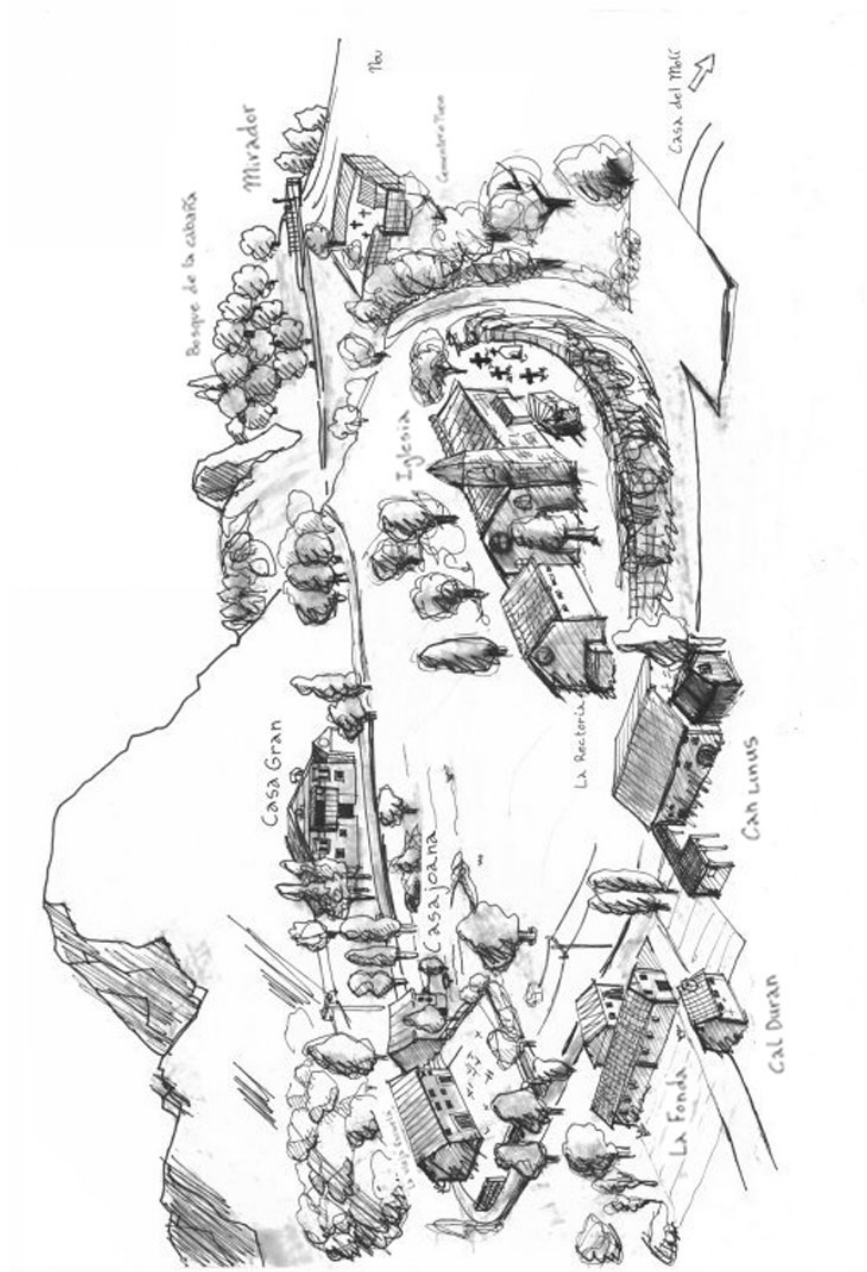
Capítulo 32

Capítulo 33

Agradecimientos

## Sobre la autora

*Para todos aquellos que formaron parte de mi infancia en ese lugar tan especial en el que se inspira Treviu; para los que están y para los que no están, pero siempre seguirán formando parte de aquel paisaje en la memoria de mi corazón.*



## 1

El silencio y la oscuridad me rodean en cuanto apago el motor del coche.

Hay una farola en la vieja escuela, al lado de casa, pero hace tres años que los del ayuntamiento de Falgar tienen que arreglarla y nunca terminan de encontrar el momento. Avanzo a tientas con la única ayuda de una luna tenue y desganada, revolviendo el bolso en busca de las llaves que abrirán la puerta de mi santuario.

Observo desde el balcón las cuatro casas dormidas, a ambos lados de la calle Mayor, que conforman Treviu. No hay luz en ninguna ventana, ningún sonido que perturbe el rumor de las ramas y la incesante corriente del agua del río. Ningún ruido humano dispuesto a romper el silencio una vez que te has instalado en él, aunque el silencio absoluto, como el de la muerte, es más difícil de encontrar de lo que parece. La casa es vieja y, como cuando era pequeña y mi abuela me contaba cuentos de conejos antes de irme a dormir, gimotea y habla un idioma que ahora no quiero entender.

Cojo la radio, la botella de José Cuervo, el pijama y dos Trankimazin, y subo a la habitación.

Mañana será otro día.

Me despiertan unas voces demasiado agudas y chillonas. Miro el reloj: las nueve de la mañana. Las vigas de madera



me recuerdan que estoy en Treviú.

Abro la ventana. Hay un grupo de gente en la plaza de la iglesia, moviendo los brazos y gesticulando exageradamente.

Ha pasado algo gordo.

Me debato entre volver a la cama o bajar a la plaza. Quizá un pequeño drama rural sea exactamente la distracción que necesito. Por otra parte, tarde o temprano tendré que ir a ver a Marian y a Linus, así que me conviene aprovechar la confusión del grupo para ahorrarme más preguntas de las necesarias.

Cojo rápidamente los vaqueros y la camiseta que dejé en la silla del dormitorio y, calzada con las chanquetas, bajo a toda prisa por la calle Mayor hasta llegar a la plaza.

A medida que me acerco voy reconociendo a algunas de las personas que se amontonan en la puerta de la iglesia, aunque hace años que no las veía. La señora Encarna, con el rostro arrugado y mucho más encorvada que la figura que yo guardaba en mi recuerdo, se mueve de un lado al otro de la plaza moviendo la cabeza como si negara algo compulsivamente y murmura «Virgen santísima, Virgen santísima», mientras Pere Duran, detrás de ella en el trayecto de cuatro metros que hace y deshace repetitivamente, intenta calmarla como puede. Cerca de la iglesia y de la puerta contigua al pequeño cementerio se aglutina un grupo de diez o doce personas, entre las que distingo a Joan Linus y Marian. Todo son murmullos de sorpresa y de confusión.

—Alguien debería avisar a la policía de Falgar.

Reconozco la voz de Eva, de la fonda.

Avanzo hacia el grupo y toco tímidamente el brazo de Linus para llamar su atención. Sus ojos tardan unos segundos en reconocermé, los mismos que necesito para identificar los cambios que el tiempo y la experiencia han causado en su fisonomía.

—¿Martina? —Aún no me ha dado tiempo a asentir con la cabeza cuando sus brazos me rodean y me levantan con tanta fuerza que mis pies apenas tocan el suelo. Luego me suelta suavemente y me pregunta—: ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? —Su piel morena, curtida por el sol de muchos mediodías trabajando en el campo, resalta el brillo de sus ojos, profundamente azules.

—Anoche. Me quedará un par de semanas o tres.

O quizá para siempre, pienso para mis adentros, si encontrara una manera de sobrevivir trabajando desde aquí.

—¡Qué alegría! ¡Mira, mamá! —dice tirando del brazo de Marian y arrastrándola fuera del círculo de gente, donde conversaba con Robert, el marido de Eva—. ¡Mira a quién tenemos aquí!

—¡Martina! ¡Qué cambiada estás! ¡Casi no te había conocido con este pelo tan rubio!

El efecto de su sonrisa me pilla completamente desprevenida y me descubro abrazándola con más efusividad de lo que me habría considerado capaz. A veces no somos conscientes de hasta qué punto hemos echado de menos a alguien hasta que volvemos a verlo. En este momento tengo la sensación de que, en este entorno, con esta gente, podría recuperar una parte de mi infancia.

—Ha venido a pasar unos días —le dice Linus, contento. Y después, con una sonrisa de oreja a oreja y algo enigmática, añade—: Parece que a Martina le gusta la tranquilidad y la soledad de Treviu, como cuando era pequeña...

Por un momento me pregunto si las palabras de Linus tienen doble sentido, pero me doy cuenta de que es del todo imposible que sepa nada de lo que pasó en Barcelona. Por si acaso, evito que la conversación se centre en mí y cambio de tema.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está todo el mundo en la puerta de la iglesia?

—En la puerta de la iglesia no, en la del cementerio —dice Marian—. Pere quería entrar, pero el cura ha dicho que

era mejor que no pisáramos el suelo ni tocáramos nada, porque quizá la policía podría averiguar algo, y que no debíamos contaminar la escena del crimen. Creo que este cura ha visto muchas series de televisión. Ya me dirás qué va a encontrar aquí la policía. Y eso si se dignan a venir...

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo a alguien?

—No, mujer, no. Un acto de vandalismo, o quizá algún animal... El caso es que han profanado algunas tumbas de los mineros, la del abuelo de los Fabra y no sé qué otra, y ahora todo es un revoltijo de trozos de madera podrida y huesos. —Y añade mirando a Linus—: Ve a casa y llama a la policía de Falgar, porque aquí todo el mundo mira y charla, pero nadie se decide a hacer nada. Cuanto antes lleguen, antes acabaremos con este teatro.

Linus asiente con la cabeza y camina los escasos metros que lo separan de la puerta del jardín justo cuando la señora Encarna repara en mi presencia y se dirige decididamente hacia nosotros. Al llegar, hace un leve movimiento de cabeza a Marian y, mirándome fijamente, me pregunta:

—¿Tú no eres la hija de los Casajoana?

Suspiro para mis adentros. La resignación se me debe de dibujar en la cara, pero me da igual.

—Martina, sí.

—¡Qué alta estás, niña! ¡Y qué cambiada! Y mira que no parecía que fueras a crecer demasiado, con lo bajita que has sido siempre.

Marian interviene en la conversación antes de que yo pueda contestar:

—Linus ha ido a llamar a la policía, a ver si vienen. Mientras tanto... —Y ahora me mira a mí—. ¿Por qué no vienes y te doy un par de margaritas y pensamientos, que tengo un montón en las jardineras de la entrada? Te irán bien para arreglar un poco tu jardín, si es que piensas quedarte una temporada.

—¿Has venido sola? —me pregunta Encarna con cierto escepticismo—. Creo que la vuestra es mucha casa para

una persona sola. Y con lo que ha pasado...

Ya estamos. Lo que me faltaba.

—Pero, bueno —sigue diciendo—, al menos ahora tienes al lado a los de la casa nueva, que alquilan habitaciones, así que si te pasa algo, pegas un grito y te oirán...

—¡Aquí no hay ningún peligro, Encarna! Esto lo han hecho unos adolescentes aburridos de algún pueblo cercano —la interrumpe Marian—. ¿No ves que han terminado la escuela y no tienen nada que hacer? Vamos a buscar las flores, que hasta que llegue la policía puede pasar media mañana, y yo tengo mejores cosas que hacer que estar aquí cotilleando. —Y devolviéndole el movimiento de cabeza, me coge del brazo y me obliga a dar media vuelta.

En la casa de los Linus, Tom y Laica nos reciben moviendo el rabo de un lado a otro incansablemente y nos acompañan hasta el pie de la escalera. Saben que a partir de ahí tienen la entrada vetada.

Linus está encorvado sobre el pequeño escritorio, en una esquina del inmenso comedor, y hace un gesto de sorpresa cuando advierte nuestra presencia. Juraría que se ha guardado algo rápidamente en un bolsillo del pantalón.

—¿Quieres que te prepare algo, papá? —le pregunta Marian.

—No, gracias, ahora voy. —Y nos guiña un ojo.

La cocina es exactamente como la recordaba. Inmensa, con el suelo de baldosas claras, del mismo color que el pino de los postigos y las ventanas, a la derecha de la estancia. Las demás paredes, que junto con la de los ventanales forman un rectángulo, están flanqueadas por un mueble lleno de piezas de una vajilla antigua, de color blanco y azul, y también copas, vasos y tazas, que alberga, en el centro, un televisor de medidas considerables. Cuando era pequeña, en este televisor veía *Bola de Dragón* y *Campeones* cuando la señal no llegaba al aparato de nuestra casa, que era muy a menudo. Marian y Linus fueron los primeros, y diría que los únicos, en tener conexión vía satélite en el

pueblo. Lo mismo sucedió con el teléfono, muchos años antes, cuando solo existía la cabina de la plaza, que hoy en día todavía funciona con pesetas. Las otras dos paredes tienen las instalaciones propias de una cocina excepcionalmente completa: el horno de leña, el horno de gas, una zona destinada a hacer brasa, un juego de seis fogones de gas, un fregadero doble bastante profundo y una buena superficie de trabajo de mármol blanco. Justo en el centro de la cocina, una mesa redonda de madera con seis sillas, todas ellas hechas por Samuel, su hijo, hacen de comedor.

—¿Te preparo un café especial de los tuyos?

Preferiría un trago de tequila. Aun así, se me escapa una sonrisa. Los cafés especiales se los inventó Marian cuando yo era pequeña y me empeiné en tomar café, «como los mayores». Como respuesta a mi petición, y ante la mirada amenazante de mi madre, Marian me dijo que haría un café especial para mí. El invento funcionó, y nunca más consideré la posibilidad de beber algo que no fuera mi café especial en aquellos veranos que pasaba en Treviú. Sé que le ponía leche condensada y un poco de Nescafé (me había convencido de que no era descafeinado, pero evidentemente lo era), y después le echaba el agua hirviendo. Y yo, con aquel café especial, sentada a la mesa de los mayores y alternando mi atención entre los dibujos animados y las conversaciones de los adultos, era la niña más feliz del mundo.

—Sí, gracias —le contesto.

—Hay galletas y sequillos en el armario —añade sonriendo.

A los tres minutos estamos sentadas a la mesa central con una taza en la mano, una frente a la otra.

—Así que ¿crees que eso de abrir las tumbas ha sido una gamberrada? —le pregunto. Mientras las preguntas las planteo yo, evitaré que las hagan los demás.

—¿Qué quieres que haya sido si no? Aquí no está enterrado ningún rey. Las tumbas de este cementerio son de

gente sencilla, nadie enterraba cosas de valor. Solo puede ser fruto de la inconsciencia y el aburrimiento.

—Probablemente tengas razón. A ver qué dice la policía.

—Ya ves tú lo que van a decir... Volverán a meter los huesos en su sitio y echarán un capazo de tierra húmeda encima.

—¡Mira que eres bruta, Marian!

Aunque seguramente no se equivoca.

—Ya me contarás. ¿No esperarás que lo investiguen? Tú te llevarías bien con este nuevo cura, con tantas pruebas e investigaciones...

—Mujer, una investigación, así, con todas las letras, no lo sé; pero hacer unas preguntas aquí y allá... es de sentido común.

Linus entra en la cocina y sonríe.

—¡Ah! Un café especial para Martina. ¡Como en los viejos tiempos!

Marian me mira y alza los ojos azules al cielo. Luego le pregunta:

—¿Qué te ha dicho la local? ¿Con quién has hablado?

—¿La local...? —Las arrugas de la frente se le van aliando a medida que recuerda la respuesta—. ¡Ostras, lo había olvidado! ¡Ahora mismo los llamo! —Y sale corriendo hacia la mesita de la sala de estar, donde reposa el teléfono de teclado circular, seguido por Marian.

Aprovecho para levantarme y echar un vistazo a través de la ventanita redonda de la pared de los fogones, que da directamente a la calle del cementerio. Desde donde estoy no veo a nadie. Parece que la sorpresa inicial se ha diluido y poco a poco la gente se ha ido a hacer las tareas y los recados que han quedado pendientes a primera hora de la mañana.

Dejo el vaso de vidrio vacío en la mesa y desde la puerta grito:

—¡Ahora vuelvo!

Y desaparezco escalera abajo.